

## XVII

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187 y ...

El último sábado de abril de 2008, en cancha 1 y ante *San Francisco, El Nápoli* acabó con la peor racha de su historia. Estaba por concluir el Clausura que había comenzado el año anterior y lo que en un principio parecía ser un eslabón más en aquella pesada cadena de empates y derrotas se convirtió en la resurrección de las Pascuas. En especial, porque los celestes, nuevamente, encararon un encuentro sin arquero ya que ése día Gastón se había quedado dormido, tal como había sucedido en un par de ocasiones anteriores. Es que ya lo había dejado plantado a Nazareno cuando éste lo fue a buscar hasta la casa de sus padres ubicada en el fondo de Quilmes Oeste, y también hizo lo mismo con Andrés.

Finalmente, Santiago aceptó ocupar la posición en el arco, en la que últimamente se turnaba con Juan, quien, por su parte, se ponía de mal humor cuando tenía que atajar aunque fuese el más apto de los jugadores de campo para hacerlo. Estas eran decisiones internas, de los jugadores, en las que Cosme Velázquez trataba de no meterse para evitar

diferencias con los miembros del plantel, lo que no había ocurrido con Osvaldo, su antecesor.

El debut del nuevo director técnico había sido en el primer partido oficial del año, correspondiente a la 7ma. fecha y en el que los celestes sufrieron una durísima derrota por 4 a 2 ante uno de los peores equipos de la liga. Le siguieron dos derrotas más, un triunfo por no presentarse el rival y una nueva caída.

Pero en el día 188, *El Nápoli* ganó 3 a 1 y con Santiago atajando un penal en el final del encuentro, cuando su equipo estaba con diez jugadores por la expulsión de Andrés, quien festejó la volada de su cuñado colgándose del alambrado. Los goles napolitanos los marcaron Rodrigo, en dos ocasiones, e Iván, quien, a partir de la ausencia de Julián, se había convertido en la figura del equipo.

Tras esa victoria tan esperada como necesaria, Nazareno tomó su teléfono celular y le envió un *SMS* con la buena noticia a su hermano, quien desde principios de febrero estaba viviendo junto a Marina en Madrid, dónde había sido enviado por el estudio jurídico para el que trabajaba. No era una residencia definitiva, sino que se trataba de un viaje de seis meses: la primera mitad en España y la segunda en Holanda.

La ausencia de Marcos fue otro duro golpe para el equipo mientras que él, a la distancia, contaba como los presos cada uno de los días que le faltaban para volver a jugar con su *Nápoli* querido. Y durante aquel proceso, el mayor de los hermanos Giannini se mantuvo permanentemente en contacto vía *chat* no sólo con Nazareno sino también con varios de sus compañeros, como Andrés y Emiliano.

-¿Y? ¿Lo llamaste a tu hermano? -preguntó Andrés a Nazareno mientras ambos se retiraban del club para empezar a festejar de una buena vez.

-No, le mandé un mensaje.

-¿Te respondió?

-No, él me había mandado primero uno preguntándome como habíamos salido.

-¡Jajá! Marcos está como loco. Los domingos, cuando estoy conectado en el laburo, me come la cabeza toda la tarde.

Mientras Nazareno y Andrés charlaban en el estacionamiento, Iván regresaba a bordo de su auto para almorzar con sus compañeros en el buffet luego de haber llevado a su casa a su papá, su mujer y su hija, quienes desde hacía mucho tiempo acompañaban al equipo al igual que Cosme.

-¿Vamos a comer algo? -preguntó Iván a sus compañeros.

-Estamos esperando a Emi que se estaba bañando -respondió Naza-. ¿Y tu viejo se fue?

-Sí, lo llevé a la casa.

-¿Por qué no se quedó? -intervino Andrés.

-No sé. A veces tiene sus días.

Iván nunca se caracterizó por ser muy charlatán pero les contó que desde hacía un tiempo, en la época en que Cosme iba a ver todos los partidos pero no quiso ser el entrenador antes que Osvaldo, su papá estaba atravesando un período de depresión ya que después de toda una vida de trabajo dedicada a la cervecería, la empresa lo había despedido. Por eso había comenzado a ir a ver jugar a su hijo, para despejar su mente, aunque sea por un par de horas.

Rafa acababa de almorzar solo en su departamento, muy tranquilo, disfrutando de su fecha libre en el torneo, cuando escuchó la alarma de su teléfono celular. Tomó el aparato y vio el último mensaje de texto entrante en el que Victoria le escribió: “Tenemos que hablar. Vení verme a casa.” El joven sabía que estaba en problemas, por

lo que se tomó todo el tiempo del viaje desde su departamento hasta lo de su novia para pensar que explicación le iba a dar.

Cuando llegó a la vivienda, Victoria le abrió la puerta, lo saludó con un beso en la boca pero dibujando un gesto de contrariedad en su rostro. Y ella no era de poner malas caras. Peor fue cuando escuchó un seco “hola, pasá” que hizo añicos su tono de voz dulce y casi infantil.

Ella se sentó en el sillón individual, de un lado de la mesa ratona de vidrio, y él en el de dos plazas, ubicado al costado. Estaban solos ya que los padres de la chica habían salido a hacer unas compras. Se miraron unos instantes en silencio hasta que él, como siempre, tomó la iniciativa.

-¿Qué pasó?

-Pasó que me dijeron que me cagaste. Eso pasó.

-¡¿Qué?! ¡¿Quién te dijo eso?! ¡Es mentira!

-¿Lo es? Porque me dieron bastantes detalles de lo que hiciste el sábado pasado a la noche. Una vez que no salimos juntos y vos hacés cualquiera.

-No sé de qué hablás, pero estás equivocada.

-¿Sí? Entonces es mentira que la viste a Cintia en la estación de servicio.

-Ah, eso.

-Sí, eso.

-Pero Vicky, ella trabaja ahí y yo pasé como cualquier otro cliente.

-¿Cliente de qué? Así que pasaste a cargarle nafta a tu auto imaginario.

-No seas tonta, por favor. Pasé a comprar por el *shop*. Nada más.

-Rafa, me dijeron que te vieron hablando un rato largo con Cintia, que la esperaste hasta que terminó su turno y después se fueron de la estación juntos. ¡No me mientas más, por favor!

-¿Pero quién te dijo eso?

-No importa. Así que mejor decime la verdad.

-Mirá, no sé de donde sacaste toda esta historia pero no fue como te la contaron.

-¿Entonces cómo fue?

-Es verdad que me quedé hablando con ella y justo se hizo la hora de que se fuera y salimos juntos de la estación, pero no pasó nada.

-¿Y qué pasó?

-Te digo que nada. Yo me fui para mi casa y ella para la suya.

-¿Y por qué me dijeron que te vieron a los besos en la parada de colectivos?

-¡Eso mentira!, en serio –exclamó el joven poniéndose de pie, ofendido, tras lo cual comenzó a caminar alrededor del sillón-. ¿Sabés que está pasando acá? Es Cintia la que inventó todo esto para joderme un poco más la vida.

-¿Para qué va a querer tu exnovia cagarte la vida si ella fue la que te dejó? A ver, explicamelo...

-Mirá, yo te había dicho que no la había visto en años, que no tenía más su celular, que se había mudado y no sabía dónde, que no sabía nada de ella, excepto que seguía laburando en la estación de servicio de siempre.

-Ajá.

-Bueno, fue ella la que me buscó por Internet diciéndome que quería hablar conmigo porque después de tantos años no habíamos podido hacer las paces.

-Entonces fuiste a verla.

-Sí, pasé.

-Entonces tengo razón: hicieron las paces, ¿no?

-No, todo lo contrario. Justamente yo la boludeé un poco aprovechando que ahora estoy de novio y ella no. Me hice el lindo para desquitarme de todas las

histeriqueadas de su parte y se ve que se dio cuenta y ahora se está vengando; y de caliente inventó toda esta historia.

-¿Pero vos le contaste de mí?

-Sí, le dije tu nombre, que eras de Bernal y se ve que ella se las arregló para hacer correr la bola con gente en común de la zona. Porque no creo que haya sido ella en persona la que vino con el chisme, ¿o no?

-No, no fue ella.

-Entonces ya fue, no le hagas caso. Es todo mentira. Chusmerío de barrio.

Victoria hizo una pausa y se desplomó sobre el respaldo del sillón. Luego de unos instantes, se paró de un solo movimiento, aprovechándose de su alargado y liviano cuerpo.

-¡Que barrio de mierda! -sentenció ella.

El partido ante *Deportivo Amistad* fue el último para *El Nápoli* en aquel interminable Clausura y también para Camilo vistiendo la remera verde y negra ya que, a partir de la llegada de su tío Cosme a los celestes, había decidido incorporarse a los napolitanos. Para el nuevo entrenador era un refuerzo importante para compensar la falta de un acompañante fijo para Rodrigo en la delantera. Y este encuentro, que ya se iba convirtiendo en una especie de clásico por la buena relación entre ambos planteles, quedó para *Amistad*, que se impuso 2-0 y no hizo más que acentuar el mal final de torneo de sus rivales, que después de recuperarse de la nefasta racha sin victorias, había alcanzado un solo triunfo más.

Finalmente, *El Nápoli* terminó en la 13ra. posición, con apenas el 28 por ciento de los puntos, lo que se convirtió en las peores cifras de la historia del equipo. Rodrigo

fue el goleador, con 11 tantos, marcando una notable diferencia con quien lo siguió; el Pitu, con 2.

Los napolitanos estaban casi todos reunidos en el buffet del club analizando la última derrota, por un lado; y agradeciendo el fin del terrorífico campeonato, por el otro: pero con las esperanzas renovadas, como siempre.

-Cosme, ¿a usted le molesta tener que dirigir a su hijo? -preguntó Rafa al director técnico, quien comía una hamburguesa junto a su nieta.

-No, si ya me dirigió cuando era chico -intervino Iván, quien cortaba en pequeños trocitos el sándwich de su hija-. Me llevó a jugar para el equipo de la cervecería y me cagaba a pedos.

-¿Por?

-Y porque él había sido un cuatro metedor y a mí me gustaba jugar de otra forma. Una vez, me acuerdo, antes de meterme a la cancha me dijo que en la primera jugada le pegara un pelotazo en la cara al delantero de ellos que nos estaba volviendo loco.

-¿Y vos que hiciste? -inquirió Rafa dirigiéndose tanto a su compañero como al entrenador, que seguía la conversación con la vista pero sin hacer comentarios.

Entonces, Iván miró a su padre y éste le devolvió una sonrisa.

-Entré y en la primera pelota que toqué le metí un caño.

Era una familia que evidentemente respiraba fútbol y que, de a poco, se había metido en el corazón del plantel, el cual también iba a incorporar al volante ofensivo Raúl, un amigo de Camilo con el que había compartido infinidad de partidos en otros torneos de fútbol.

Victoria entró a la estación de servicios y reconoció a Cintia de inmediato ya que la joven estaba físicamente igual que en unas fotos de ella que Rafa había guardado. Con su novio trataban de contarse todo sobre su pasado y él le había dicho algunas cosas sobre su anterior relación. Había sido cuando apenas se conocieron y compartieron sus penas porque ella también venía de un noviazgo largo y que había terminado mal. Si bien él nunca volvió a mencionar a su exnovia, Victoria sí la tenía presente, por lo que en una ocasión, mientras lo ayudaba a ordenar su mesita de luz, le pidió ver las fotos.

Ahora estaba sentada en una mesa junto a la vidriera, muy cerca del mostrador, donde su “enemiga” preparaba un café en la máquina expreso. Entonces le hizo un gesto y ella, que no la reconocía ya que sólo sabía su nombre pero nunca la había visto, le respondió que ya la atendía.

Victoria se pidió un cortado doble y lo bebió despacio mientras observaba a Cintia de reojo, esperando el momento oportuno para atacar. Esperó y esperó, analizando, pensando, mirando su reloj y su teléfono celular; pero, sobre todo, puteando al aire y con un visible gesto de víctima. Así fue que la moza mordió el anzuelo y se acercó a ella para charlar, al tiempo que despejaba la mesa.

-¿Te dejaron plantada? –arrancó Cintia.

-Disculpá, pero ¿qué me decías? -preguntó Victoria haciéndose la distraída.

-Del chico al que esperabas y no apareció.

-Ah, sí. ¿Cómo lo sabías?

-Porque me ha pasado a mí también y más de una vez.

-Y sí, es una cagada. Pero este chico me puede.

-Te entiendo, a veces somos unas taradas y nos bancamos cualquier cosa.

-Tal cual, ¿y vos en que andás?



-¿Si tengo chico?

-Sí, bah, pregunto de chusma pero si te incomoda no tenés que decirme nada.

-No, está bien. No tengo nada que ocultar -respondió la mesera mientras se alejaba con la bandeja hacia el mostrador.

Esta no me va a decir nada, voy a tener que cambiar de estrategia, pensó Victoria, quien seguía con la mirada perdida hacia el ventanal que daba a la playa. Luego echó un rápido vistazo hacia el mostrador y vio que Cintia tenía un celular en la mano y aparentemente escribía un mensaje de texto. Al ver aquello, se levantó y caminó hasta el baño de damas que funcionaba fuera del *shop*. Tanteó la puerta de metal y, tal como esperaba, estaba cerrada con llave. “Ideal”, se dijo la joven y luego regresó directamente al mostrador y le pidió a Cintia la llave. La moza le indicó que esperase unos instantes, que debía llevar un pedido a otra mesa y después se le daba. Entonces, Victoria aguardó de pie junto a la caja registradora y en cuanto la mesera se fue dándole la espalda, tomó el celular que aquella había dejado arriba del mostrador y lo guardó rápidamente en un bolsillo de su jean. Segundos después, Cintia regresó y le dio la llave del baño.

Victoria salió del *shop* e ingresó velozmente en el baño, cerrando la puerta con llave para que nadie entrara detrás de ella. Inmediatamente comenzó a revisar el celular de la moza y así encontró lo que estaba buscando. Furiosa, regresó hasta el mostrador y esperó a que Cintia estuviera atendiendo otra mesa para dejar el aparato y la llave junto a la caja. “Gracias por todo”, le dijo a Cintia y se retiró de la estación de servicios hecha una tromba y en dirección a su casa. Ahora quería llamarlo a Rafa para verse y charlar de nuevo.

Rafa estaba esperando sentado en el futón. Acababa de levantarse de la habitual siesta post partido aunque no había podido descansar demasiado porque Victoria lo había llamado como loca para volver a hablar. Esta vez, él propuso hacerlo en su departamento. ¿Qué quiere ahora esta mina?, pensó el joven, alterado.

Victoria llegó sorprendentemente tranquila pero resultaba claro que la procesión iba por dentro. La chica se había tomado su tiempo para serenarse y definir cada uno de los movimientos a seguir. Su objetivo: no dar ni el más mínimo resquicio para que él mantuviera su versión de los hechos. *Modus operandi*: avanzar de frente y sin rodeos.

Cuando estuvieron cara a cara, ella propuso sentarse en la mesa junto a la cocina, no en el futón, donde iban a estar más pegaditos. Se acomodaron en sillas enfrentadas y fue la joven la que esta vez tomó la iniciativa.

-¿Por qué me mentiste? -disparó ella sacando su teléfono celular y colocándolo sobre la mesa.

-¿Otra vez sopa? Ya te dije que no te mentí.

-¿Ah, sí? Mirá esto -dijo ella y seguidamente señaló la pantalla de su celular.

Rafa miró el aparato y vio una fotografía en la que se veía otro celular.

-¿Qué es esto?

-¿Qué? ¿No alcanzás a leer? Si querés, te lo leo yo, Rafa.

[Fecha]

22/05/2008

17.45

[mensaje]

También yo la pasé muy bien. Hay que repetirlo. Después arreglamos. Un beso.

[De]

Rafa.

Rafa terminó de escuchar y arrebató el celular de la mano de su novia. Miró detenidamente y se sacó cualquier duda que le podría haber quedado. Ahora estaba en serios problemas.

-¿Por qué, Rafa? ¿Por qué? –expresó Victoria parándose de un salto.

Rafa agachó la cabeza y meditó unos instantes en procura de hallar las palabras más adecuadas.

-Porque fue un error de una sola vez y que no se va a repetir -respondió el joven poniéndose de pie y tratando de acercarse a su novia.

-¿Cómo puedo estar segura? El mensaje dice otra cosa.

-El mensaje no tiene nada que ver. Porque después me di cuenta de que me había mandado una flor de cagada y ahora estoy muy arrepentido. Te lo juro.

Los ojos de Victoria comenzaron a llenarse de lágrimas, que no descendieron por su rostro, sino que quedaban estancadas en la cavidad ocular. Rafa se puso a su lado y pasó su brazo por el hueco que había entre la espalda de la chica y la pared contra la que estaba apoyada.

-Vicky, en serio, sé que me equivoqué y espero que me perdones porque no quiero perderte. Quiero estar con vos y nadie más. Fue un error de una sola vez y punto. No la voy a ver más. No me interesa.

-No te entiendo. Estuviste hecho mierda cuando ella te maltrató y ahora que volvió a buscarte le das bola.

-Es que tenía ganas de desquitarme de ella. Pero ya fue, olvidemos todo esto y tratemos de solucionarlo.

-No sé si puedo olvidarme de esto tan fácilmente.

-¿Y qué querés hacer?

-Ni idea. Lo único que se me ocurre ahora es estar sola y pensar -respondió Victoria, quien comenzó a caminar hacia la puerta.

Rafa la siguió pero no pudo alcanzarla para evitar que ella saliera del departamento. El joven estaba solo nuevamente, castigado por su error. Todos se mandan cagadas y peores que las mías, pero a mí siempre me enganchan. Soy muy, pero muy boludo o tengo muchísima mala suerte, pensó y después se dejó caer sobre el futón.

La cancha 2 estaba completamente embarrada. Una helada lluvia de julio había caído durante toda la semana y había puesto en duda el desarrollo del clásico ante *El Naranja* por la quinta fecha del Torneo Apertura. Sin embargo, una suspensión no le hubiera venido nada mal al *Nápoli* ya que padecía de varias ausencias, como la de Andrés por lesión y la de Emiliano por suspensión. El primero de ellos se había desgarrado en la primera fecha cuando los celestes cayeron 1-2 ante *Gavilán*, lo que, además, significó el debut goleador de Camilo con su nuevo equipo. El segundo se había ido expulsado en la fecha anterior, justamente en otro clásico, ante *La Quebrada*, que les habían propinado una dura derrota por 4-1.

En el medio de esas dos dolorosas caídas hubo otras dos, por lo que el inicio del campeonato era decididamente negro para los napolitanos, especialmente para Cosme, quien antes tuvo el atenuante de que se había hecho cargo del equipo en medio del Clausura pero ahora había arrancado desde cero y tenía que ganar o ganar.

Ganar o morir, ésa fue la mentalidad del equipo para enfrentar a los anaranjados que eran, por entonces, los primeros en la tabla y venían invictos. En el plantel celeste ya no estaban Juancho (quien había decidido irse a jugar a *Gavilán*), Gabriel (las lesiones ya no le permitían jugar los sábados al fútbol y los domingos al hockey),

Vicente, Silvio y Johnny, pero había vuelto Ezequiel. Al tiempo que se seguía sintiendo la falta de Marcos, aún en Europa donde seguía tachando fechas en el almanaque. “Cada vez falta menos para ponerme la celeste”, rezaba, por entonces, su *nick*.

Y fue un clásico de dientes bien apretados y pierna fuerte. El techo gris fue parte del escenario de una gran batalla en la que *El Nápoli* se puso 1 a 0 con un gol de tiro libre de Camilo. Pero *El Naranja* buscó el empate con toda su artillería, como era de esperarse, y en el segundo tiempo consiguió el 1-1. Parecía que los celestes iban a sucumbir ante la presión de su rival pero el Pitu entró faltando pocos minutos y con un remate desde afuera del área y, bastante defectuoso, puso el 2-1 con la ayuda del arquero rival. Luego, el heroico goleador se fue expulsado.

“Mirá como festejan, como si hubieran salidos campeones”, dijo enojado el guardavalla de los anaranjados apenas terminado el encuentro. Andrés y Emiliano lo escucharon y casi lo van a buscar para putearlo un rato. “Dejalo, que siga hablando. Total ya fue dos veces a buscarla adentro”, les dijo un Rafa extasiado por el triunfo que, a la postre, significó la única derrota en el torneo del *Naranja*, que terminó siendo el campeón.

Esta victoria marcó el despegue del equipo de Cosme, quien, como cada maestro, empezó a usar su propio librito. Así fue que en la fecha siguiente debutaron en el equipo Agustín y Nahuel, otros dos amigos de Camilo y que por entonces también jugaban en otro torneo que se disputaba los domingos en Burzaco. Y fue el debut perfecto, con una goleada 6-0 y dos goles de Agustín, quien jugaba de media punta.

*[Marcos] dice (domingo 27 de julio a las 4.25 pm.):*

- Me dijo mi hermano que ayer debutó un pibe que es un fenómeno. Que parece que anda sobre patines.

*[Andrés] dice (domingo 27 de julio a las 4.26 pm.):*

- Sí, tal cual. No corre, patina. Juega a otra cosa.

*[Marcos] dice (domingo 27 de Julio, a las 4.27 pm.):*

- Es demasiado bueno para el Nápoli, ¿no? Y el otro chico, el que juega abajo.

*[Andrés] dice (domingo 27 de julio a las 4.28 pm.):*

- Juega bien. Igual, el Gordo dice que lo más importante es que es un sediento.

Andrés, como casi todos los domingos del último semestre, se pasaba un largo rato durante sus solitarias tardes en la redacción analizando junto Marcos el partido del *Nápoli* del día anterior. Lo hacían vía *chat*. Ellos dos, como el resto de los históricos del plantel, sabían perfectamente que los refuerzos para este torneo iban a significar un aporte fundamental. Además, Mateo había regresado al arco y los celestes, por fin, volvieron a tener un arquero fijo.

Estos ingredientes se combinaron de tal forma que el equipo en los siguientes seis partidos consiguió cinco triunfos y un empate, con ocho goles de Camilo y cuatro de Agustín. A lo que se sumó la capacidad goleadora de Rodrigol, quien marcó cuatro tantos, Nazareno, Emiliano y Ezequiel. Y fue crucial, aunque en otros aspectos del juego, el tan ansiado retorno de Marcos.

“¡Qué lindos días que están haciendo!, ¿no?”, le dijo Victoria a Rafa mientras la pareja terminaba de compartir un almuerzo dominguero en la casa de la joven. Los padres de la chica ya se habían levantado de la pesada mesa del jardín, hecha de cemento y revestida con pedazos de azulejos, al igual que los bancos que completaban

el juego. El sol se reflejaba en las plantas de septiembre que florecían en sus masetas, mientras que en la rima del viento norte se escuchaba la tentación de irse de viaje, aunque sea cerca, para poder disfrutar del aire libre y paisajes bonitos.

La casa paterna de Victoria era, en realidad, uno de los cuatro PH de un mismo inmueble de dos pisos y estilo americano ubicado en el límite entre Quilmes Norte y Bernal. Ella era hija única, por lo que la escasez de espacio nunca le representó un problema. Sin embargo, le encantaba disfrutar de “ir a comer afuera”, como decía medio en broma, cuando lo hacía en el patio. También bromeaba cuando estaba junto a su novio en el departamento de él y, para ahorrar dinero, proponía un pic nic la plaza de la vuelta.

“La verdad que sí, es una linda época del año”, respondió él, sentado como indio sobre el banco y mirando el cielo celeste.

-Che, mi vida, el fin de semana que viene es primavera, ¿por qué no nos vamos a algún lado?

-¿A dónde Vicky? Si sabés que llego a fin de mes con lo justo.

-Bueno, pero aunque sea una noche a Chascomús. No creo que sea tan caro.

Rafa bajó las piernas del banco y se sentó bien erguido, de frente a su novia, que fumaba con los codos apoyados sobre la mesa, aún desordenada.

-Pero para ir a un lugar así, prefiero quedarme por acá.

-Siempre igual vos, eh.

-¿Por qué decís eso? Si nunca antes me hiciste una propuesta así.

Victoria apagó la colilla sobre uno de los platos sucios que quedaban en la mesa.

-Vos sabés muy bien a qué me refiero. No es por la plata que no te querés ir.

-¿Ah, sí?

-Sí, vos no te querés ir porque tenés que jugar los sábados, después de los partidos te quedás con los chicos y a la noche estás muy cansado. Además, el domingo te gusta mirar los partidos y no hacer una goma.

-No es tan así. Siempre salimos.

-Sí, salir, salimos, pero para vos todo gira alrededor del fútbol.

-¿Y qué querés que haga? Es mi tiempo libre. Vos porque en la semana no laburás en dos lugares distintos...

-Bueno, bueno, eh -lo espetó la joven-. Yo tengo un laburo de pocas horas porque estoy estudiando. Se justifica.

-Yo no dije que no. Esto no es una crítica.

-Mirá Rafa, no quiero que empecemos a pelear ahora, que después de un tiempo estamos bien.

-Yo tampoco. Además, falta poco para nuestro primer aniversario -dijo el joven, tras lo cual, se ubicó junto a su novia y la abrazó.

-Con más razón, podríamos hacer este viaje.

-Sí Vicky, pero el fin de semana que viene justo no. Tenemos un partido chivo y si ganamos nos prendemos en la pelea.

-¡¿Ves?! Otra vez con el *Nápoli*.

-Vida, hace ocho partidos que no perdemos, desde principios de julio. Hay que aprovechar esta racha.

Victoria miró a los ojos de su novio y entendió que no iba a haber forma de convencerlo de que no jugara el sábado siguiente.

“Más vale que ganen”, le dijo la chica a Rafa la noche anterior al partido contra *Deportivo Amistad* mientras hablaban por teléfono.



Pero la presión de la joven no surgió el efecto deseado y los napolitanos cayeron por 3 a 1, por lo que quedaron definitivamente fuera de la lucha por el campeonato. No sólo eso, la derrota hizo temblar los cimientos del juego del equipo que de ahí al final del torneo perdió los otros tres encuentros.

Las cuatro caídas consecutivas depositaron al equipo en la décima posición, con el 46,9 por ciento de los puntos. Los máximos goleadores fueron Camilo y Rodrigo, con 11 cada uno; y les siguió Agustín, con 7.

Sentados en la terraza, a merced de un frío sorprendente para mediados de noviembre, varios jugadores del *Nápoli* festejaban el cumpleaños de Juan en el departamento que éste habitaba en el barrio porteño de Caballito. Alquilaba aquel lugar desde que se había divorciado y luego de vivir un tiempo con unos amigos en su Varela natal. Por su parte, Santiago había ido junto a su hija y su mujer, la hermana mayor de Andrés; y éste, por su parte, estaba con Emiliano y Nazareno. En tanto que Rafa también se había sumado a la reunión acompañado de Victoria. No era un cumpleaños más, era el del día en el que Juan había cumplido su partido 200 con la camiseta celeste de sus amores. Y, ni más ni menos, en una victoria ante *La Quebrada* por 3 a 0. Pero no todo fue color de rosa ya que el defensor erró un penal, aunque el rebote del mismo derivó en el tercer gol.

-Todavía está mal por lo del penal -murmuró Andrés al lado de Emiliano.

-¿Todavía?

-Y sí, más que por habérselo errado porque desde el banco gritaron que no lo pateara él.

-Pero era el partido doscientos...

Haber entrado al denominado “Club de los 200” no era un dato menor para Juan ya que sólo lo superaban en cantidad de partidos jugados Marcos, Nazareno y Andrés.

Mientras tanto, *El Nápoli* había arrancado el Clausura con triunfos importantes ante *Gavilán* y *Abogados*; y al mismo tiempo, con resultados decepcionantes y sorprendentes, como un empate ante *Santa Fe* y una derrota ante *El Pozo*.

Por aquel entonces, el plantel había incorporado a Guido, un amigo de Leo con quien alguna vez había jugado para *La Quebrada* y en posiciones ofensivas, aunque las mayores dificultades del equipo napolitano estaban en la defensa.

Y estos problemas se evidenciaron en los siguientes tres encuentros en los que los perdió todos y marcó un solo gol. Pero la racha negativa se cortó con un 3-0 ante *Lugones*, que incluyó el primer gol oficial de Guido.

De todos modos, el año del *Nápoli* iba a terminar con un 0-4 ante un equipo nuevo: *La Viola*. Lo más difícil no fue digerir una goleada bajo un mediodía sofocante, sino que el equipo formó con sólo once jugadores, por lesiones y ausencias de último momento.

“Siempre terminamos siendo los mismos”, le dijo un decepcionado Iván a un enojadísimo Andrés momentos antes de empezar aquel partido. Fue tan aplastante el calor que hasta pareció haber afectado el sano juicio de algunos jugadores, como en el caso de Ezequiel, quien cerca del final, extenuado, le llegó a pedirle al árbitro que terminara el encuentro, ya definido en el marcador.

## XVIII

Los mismos de siempre fueron los estuvieron junto a Claudio cuando éste decidió volver del extranjero definitivamente. Por un lado sentía la alegría del reencuentro pero por el otro no dejaba de ser un momento difícil para el eterno goleador ya que una vez en el país se separó de su mujer y se mudó a una casa alquilada en Ranelagh, cerca de sus primos Marcos y Nazareno, y de sus amigos Andrés y Emiliano. Así dejó atrás su histórico Quilmes Oeste, donde ya no quedaban rastros del abandonado *Scampia*, que había sido vendido por la familia, y empezaba una nueva vida en aquel pequeño pueblo inglés en el que predominaba un verde natural en vez del gris cemento.

El campeonato de Boca logrado de la mano de Riquelme y Palacio en un histórico triangular con Tigre y San Lorenzo parecía datar desde mucho más que dos meses, cuando el fundador del equipo napolitano se sumó de manera fija al plantel celeste aún conducido por Cosme, quien siguió incorporando jugadores como “Orteguita”, otra figura en la delantera del conjunto que disputaba el torneo de Burzaco. Y este goleador bajito y habilidoso, que físicamente hacía recordar al Ortega original, reemplazó a Raúl, quien habían anunciado que los compromisos laborales no le iban seguir permitiendo estar disponible los sábados.

El entrenador había reunido jugadores de buen pie y eso se notó en el rendimiento, más allá de los resultados. Al reanudarse el Clausura hubo grandes partidos como una ajustada derrota ante uno de los mejores equipos del torneo como *Monte Carlo*, los triunfos ante *Inmaculados* y *Jogo Bonito*, y el empate ante *Los Iniciales*, encuentros en los que se destacaron como goleadores Rodrigo, Agustín, Orteguita y Emiliano.

En cambio, el reencuentro de Claudio con las redes no fue ideal ya que ocurrió en una derrota 1-2 frente a *Deportivo Amistad*, por la anteúltima fecha del campeonato, cuyo final se fue dilatando semana tras semana por constantes suspensiones por lluvia, un aviso de lo que iba a ser el resto del año.

De hecho, la última jornada se disputó un día después del cumpleaños de Nazareno, cuando Emiliano marcó los dos tantos del empate ante *El Lince*, que depositó al equipo en la novena posición, con el 46,9 por ciento de los puntos y con “Rodrigol” como máximo artillero con 8 tantos, secundado por el Gordo, con 5.

“Che, en este torneo cumplimos nuestro partido trescientos y entramos en la décima temporada del equipo, así que podríamos hacer algo especial con eso, ¿no?”, comentó Nazareno al resto de sus compañeros desde la cabecera de la larga mesa en la que el plantel celeste acababa de compartir su habitual asado de final de campeonato.

Y no había sido un asado más ya que marcó el regreso de Claudio a tales eventos y, además, la participación especial de exjugadores muy queridos, como Manuel y Eduardo. De hecho, Andrés y Emiliano habían entrenado con ellos durante el año en el equipo de La Plata pero sólo para estar mejor preparados para los encuentros del *Nápoli*, por lo que el contacto era muy fluido con los chicos de la capital provincial.

En ese momento fue que a Andrés se le ocurrió la idea de tener un *blog* en la Internet para publicar la historia del equipo y los partidos de aquel año especial, y, al mismo tiempo, que cualquiera pudiese hacer comentarios al respecto y consultar datos y estadísticas. Aquella página web se llamó “La Década del Nápoli” y su título rezaba: “No jugamos como hinchas, somos hinchas que jugamos”, en alusión a una frase que se utilizaba mucho por aquel entonces, cuando Gimnasia peleaba el descenso y sus fanáticos les rogaban a los jugadores del Lobo platense que jugaran con la misma

pasión que ellos demostraban. Al equipo tripero finalmente le sirvió de motivación ya que dos meses después ganó la Promoción en un partido inolvidable ante Atlético Santa Fe. Claro, ellos eran un equipo profesional y de la Primera División, aunque a falta de dinero y entrenamiento, en el fútbol amateur sobraba la verdadera pasión por la pelota.

Las primeras hojas caídas formaron una especie de alfombra dorada para recibir a Claudio como nuevo entrenador del *Nápoli* en lugar de Cosme y de cara al Torneo Apertura. Con Agustín casi afuera del plantel por motivos de estudio, el director técnico decidió incorporar sangre muy joven y trajo al adolescente “Gabrielito”, primo de los históricos Mario y Flavio Russo. También quiso recuperar cierta mística y convenció a Julián de que volviera a las canchas ya que en todo el año anterior apenas había disputado tres partidos con la celeste. Y de poco se fue contagiando nuevamente esa pasión que traspasó el alambrado y llegó hasta otras personas, hasta entonces desconocidas, como Mauro, un amigo de Camilo que se fue convirtiendo en el hincha número uno del equipo, acompañando a los jugadores a los almuerzos post partido en *El Paisano*, la parrilla lindera al club que se había mudado unos metros, a una construcción mejor y que se tornó en el nido de un grupo formidable. Allí, Camilo, quien conocía al dueño del local, conseguía lugar para sus compañeros por más que estuviera abarrotado de clientes, mientras que Nahuel, especialista en carne asada y achuras, se encargaba de ordenar la comida.

Y en la cancha, el conjunto napolitano debutó con el pie derecho y le ganó a *Deportivo Amistad* después de mucho tiempo. Según datos del *blog*, *El Nápoli* no triunfaba ante el verdinegro desde 2005. Pero la segunda fecha fue dura, el equipo cayó 4 a 0 ante *El Naranja* y, para colmo de males, Guido se rompió los ligamentos cruzados de la rodilla derecha, lo que iba a dejarlo inactivo hasta el año siguiente.

“Qué vas a saber vos de la vida, si nunca jamás jugaste al fútbol”, escribió Guido en su *nick* a partir de aquella severa lesión, lo que describía a la perfección lo que sentía por el equipo. Y sus compañeros se lo retribuyeron el sábado siguiente con una gran victoria 5-2 ante *La Viola*, bajo una severa tormenta que convirtió el terreno de juego en un lodazal.

Pero las lesiones estaban a la orden del día y complicaron aún más el panorama para Claudio, quien tuvo que ver como Nazareno y Andrés salieron con fuertes molestias en la derrota ante *Jogo Bonito*. Ante esta situación, y continuando con la idea de reforzar la mística, el entrenador convocó a otro histórico: Vicente, quien había estado mucho tiempo ausente y jugó en la caída ante *Santa Fe*, aunque fue una especie de falso regreso ya que fue el único encuentro que disputó en aquel torneo.

El invierno empezó bien para los celestes. Después de las derrotas y las lesiones, el equipo se impuso ante *San Francisco* con dos goles de Rodrigo, quien seguía manteniéndose como el máximo anotador del plantel a pesar de que ahora compartía delantera no sólo con Camilo sino también con el propio entrenador, que seguía vigente en las redes aunque con menos presencia ya que sus nuevas funciones desde el banco no se lo permitían como antes. Pero la mala racha no estaba dispuesta a irse tan fácilmente. A veces, las cosas malas ocurren todas juntas. Y en la fecha siguiente el equipo perdió el clásico ante *Gavilán* y, encima, Andrés se resintió de su lesión muscular en el muslo de la pierna derecha.

-Nos ganaron con nada, loco, y eso es lo que más bronca me da -expresó Rafa mientras se terminaba de cambiar en el vestuario junto a varios de sus compañeros.

-Che, Marc, ¿mañana hay fecha acá? -preguntó un adolorido Andrés, quien trataba de estirar el recto anterior todo contracturado sobre la madera deforme del banco.

-¿Y por qué no iba a haber?

-Porque son las elecciones legislativas.

-Ni en pedo los hijos del viejo Rómulo van a suspender la fecha por eso. Se perderían un montón de plata.

-Son terribles estos tipos, eh. Cada día el partido cuesta más, la inscripción también y los vestuarios siguen siendo la misma mierda.

-Esto con el viejo no pasaba –añadió Marcos, quien era el delegado del plantel ante los organizadores, a los que conocía muy bien.

Los chicos se fueron del club masticando una bronca terrible y con el recuerdo latente del gol que Maxi les había marcado en el encuentro. Especialmente Andrés, quien además sabía que se iba a perder varias fechas hasta recuperarse. Por suerte, el equipo no sintió tanto su ausencia y en la siguiente jornada se puso de pie con una victoria ante *Lugones*, tras lo cual, los hijos del viejo Rómulo se vieron a obligados a suspender el torneo por dos semanas ya que el municipio declaró la emergencia sanitaria por la epidemia de Gripe A, la cual se había esparcido por todo el país y sin control justamente después de las elecciones que movilizaron a millones de personas.

El departamento alquilado por Nazareno en el barrio porteño de Recoleta se ubicaba en el último piso de un moderno edificio. Tenía el piso de parqué, un balcón francés con vista al Río de la Plata y estaba completamente equipado. Su morador, Marcos, Emiliano, Andrés y Rafa estaban sentados alrededor de la mesa, comiendo una pizza y mirando la final de la Copa Libertadores entre Estudiantes y Cruzeiro. En medio

de la cena, el dueño de casa tiró una noticia bomba: “Me voy a ir a vivir afuera...”. Sus ya amigos sabían que, desde el abrupto final de su noviazgo y sus cada vez más frecuentes viajes al exterior por trabajo, Nazareno tenía ganas de seguir su carrera profesional en un país más desarrollado, pero nadie esperaba que fuera tan pronto.

-¿Es una decisión tomada? -preguntó Rafa, sorprendido, al tiempo que Andrés refunfuñaba por lo bajo, molesto por la novedad.

-Sí. Me hicieron una oferta y acepté. Ahora falta que la empresa organice toda la movida.

-¿Y dónde te ofrecieron?

-Chicago, en la casa matriz.

-Bueno chabón, te felicito. Es lo que querías, ¿no?

-¿Y cuándo te irías? -intervino Andrés, tajante.

-No sé todavía. En primavera o fines de año.

Nazareno era consciente de que se había comprometido en sacrificar muchas cosas importantes para él, como su familia, sus amigos y el fútbol, entre tantas otras querencias. Por eso el ambiente de la velada fue triste y melancólico, a pesar de que el equipo platense, que en cierta forma representaba al fútbol argentino, no tanto a los de Gimnasia; le ganó a los brasileros en Belo Horizonte y se alzó con la copa.

A partir de esa noticia, Claudio no dudó en designar a Nazareno como el capitán del equipo en lugar de Andrés hasta que el primero se fuera del país. Quedaban ocho partidos para el final de un torneo que no tenía a los celestes como protagonistas y sí al *Naranja*, por entonces bicampeón, peleando cabeza a cabeza contra *Porter*.

Salvo la derrota ante *La Quebrada*, los napolitanos tuvieron un muy positivo final de campeonato que incluyó un empate ante *Porter* (que terminó siendo el campeón), otras tres paridades y la misma cantidad de triunfos que los dejaron en la



sexta posición, con el 56,3 por ciento de los puntos y Rodrigo, nuevamente, como máximo anotador, con 10 tantos. Mientras que Camilo y Emiliano lo siguieron pero de lejos, con 4 cada uno.

*Esta es la banda del Napo, que te sigue a todos lados... el Napo es un sentimiento que no se puede explicar... Aunque ganes aunque pierdas, no me importa una mierda... este gran grupo de amigos sólo lo encontrarás acá.... Vamos la Celeste hoy tenés que ganar y todos la vuelta muy juntos vamos a dar, y de la cabeza vamos a festejar...*

“¡¿Junto a quién?!”, gritó Juan, exaltado y fuera de sí, al tiempo que saltaba y agitaba a sus compañeros para seguir cantando el himno del *Nápoli*. “¡Junto a Nazareno!”, exclamó Claudio, el autor de la versión de esa conocida canción de cumbia que no paró de sonar en la fiesta que se había organizado en la casa de los Giannini para despedir al menor de los hermanos que estaba por viajar a Chicago.

Nazareno se perdía en un abrazo eterno con Andrés, Emiliano, Juan, Claudio y gran parte del resto del plantel napolitano que no se iba a perder semejante festejo. Al ver aquella alegría desenfadada, Rafa le soltó la mano a Victoria y se sumó al *pogo*, mientras que ella se quedó parada a un costado junto a las demás novias de los jugadores mirando el racimo de hombres, casi sin entender la verdadera dimensión de lo que ocurría.

Ese sábado, que también era el festejo por el cumpleaños número 30 de Marcos, el equipo celeste había derrotado por 3 a 1 a *La Viola*, un rival siempre duro y, otra vez, bajo una intensa lluvia. El primer gol lo había marcado Nazareno (el 59no. en 280 partidos), tras pase de Andrés, por lo que tras el pitazo final, el goleador fue sacado en andas de la cancha 1.

Recién era la tercera fecha y *El Nápoli* había empatado 1-1 en la primera ante *Santa Fe* (con un tanto de Nazareno sobre el final) y ganado 2-0 en la segunda, nada más ni nada menos, ante el último campeón, *Porter*. Y en esa jornada se produjo el debut de Lisandro, un exdelantero de *Monte Carlo* que ahora había tornado su sangre a celeste y ocupaba el lugar vacío que había dejado Orteguita.

Pero más allá de que el Torneo Clausura 2009 recién empezaba, los celestes estiraban a nueve la racha de partidos invictos, contando los último seis encuentros del campeonato anterior, lo que demostraba la madurez que estaba adquiriendo el plantel y la determinación por alcanzar en su décimo aniversario algo histórico.

Luego del triunfo ante los violetas y la partida de Nazareno, el equipo siguió creciendo, no sólo a partir de los buenos resultados sino también a raíz de la fuerza desplegada por todos sus integrantes para afrontar la ausencia de un jugador esencial. Y así fue que hasta fin de año cosechó cinco victorias seguidas más ante *Jogo Bonito* (6-0), *Inmaculados* (4-1), *Lugones* (3-0), *San Francisco* (3-0) y *San Esteban* (2-0).

Estos triunfos depositaron al conjunto celeste en la segunda colocación, a un punto del *Naranja*, que había ganado todos sus partidos pero que en la última fecha del año, antes del receso, quedaba libre, por lo que si *El Nápoli* triunfaba, lo pasaba. Pero en aquella jornada especial, que contó con el regreso de Nazareno que había vuelto al país a pasar las fiestas con su familia y sus amigos, el clima impidió que los napolitanos llegasen a la punta después cinco años y siete meses: una lluvia torrencial suspendió el encuentro a comienzos del segundo tiempo cuando los celestes ganaban 1-0 ante *El Lince*.

Pero esta no era la primera vez que las condiciones climáticas adversas obligaban a suspender un partido del *Nápoli* ya que a fines de 2007, un alerta de inundación en pleno diciembre también había impedido que concluyera el encuentro

contra *El Pozo* justo cuando estaba por entrar a la cancha un Claudio recién llegado del exterior.

Luis estaba sentado junto a una mesa de madera gastada ubicada debajo de la palmera que ocupaba gran parte de uno de los laterales del *deck* del viejo torreón, su lugar preferido, más por descarte que por elección, aunque éste no perdía su encanto a los ojos de cualquier visitante. Estaba nublado y fresco, mientras que el viento soplaba desde el río y cruzaba la calle de adoquines que rodeaban la plazoleta donde los turistas apreciaban un horizonte gris pero bello. Hubiese podido conseguir un mejor asiento dentro del restorán, construido con paredes de piedra y techo de tejas coloniales rojas y cubiertas en verdín, pero el joven con cara de grande prefirió mitigar las condiciones del clima con un buen vaso de whisky en el que se reflejaba el brillo de los faroles amarillos que colgaban de las columnas del frente y comenzaban a encenderse ante la llegada del atardecer.

Los transeúntes pasaban uno detrás de otro por el último tramo de avenida Las Flores con sus cámaras fotográficas digitales en mano y suvenires de colores azul, rojo y blanco. Luis miró calle arriba y recordó que a unos 150 metros estaba el consulado argentino. Luego giró la vista hacia la derecha y apenas le prestó atención a las embarcaciones amarradas en el *yatch* club. Estaba ansioso y apurado a pesar de que en ese lugar podía sentirse tranquilo ya que nadie lo iba a encontrar. Terminó el trago y estaba a punto de pararse para dirigirse hacia la barra de adentro cuando el mozo que lo había atendido se acercó hasta la mesa.

-¿Es usted el señor Andrés Solari? -le preguntó.

-Sí, soy yo, ¿Quién pregunta? -respondió Luisito con desconcierto.

-Tiene un llamado del doctor Salerza.

-¡Ah, perfecto! Ya lo atiendo -indicó el cliente, más aliviado.

Luis caminó hasta la barra y tomó el tubo esperando recibir buenas noticias. El joven llevaba meses sin teléfono celular ya que el aparato que había conseguido de un “bolsero” antes de viajar nunca tenía señal.

-¿Marcelo?

-Sí, Luisito querido ¿Cómo estás?

-Todo bien, todo bien.

-¿Y te tratan bien por mis pagos?

-Sí, sí, en el hotel muy bien y acá en el restorán igual. Lástima que este es un pueblo muy tranquilo, aburrido y, encima, sin minas.

-Bueno, siempre están las turistas. Aprovechá el nombre que te di que fue un número siete de Paysandú muy famoso por allá, así que podés decir que sos una exestrella del fútbol uruguayo, ¡jajá!

-Ok, ok. Cortemos con la joda y cantame la posta.

-Mirá, yo no te voy a mentir. La cosa es así: tu viejo está mal, internado en la Modelo.

-¡No te la puedo creer!

-Lo siento mucho, pero es difícil que se recupere y si lo hace va a quedar con secuelas importantes. Pensá que ya está grande y tuvo un ACV.

-¿ACV?

-Sí, un accidente cerebro vascular.

-¡Uy, loco! Entonces me tengo que volver para verlo.

-No. Ésa es la cuestión. Entiendo que te quieras volver cuanto antes pero no hace falta porque no hay plazos, ¿entendés? Esta situación de tu padre podría seguir así por

meses. Además, no podés aparecerte por acá porque te están esperando para mandarte a guardar.

-No me importa. Además, ¿quién lo debe estar cuidando a mi viejo? ¡Nadie! Si el pelotudo de mi hermano seguro que está culo y calzón con mi vieja, ¿o no?

-Yo no me voy a meter en tus cuestiones familiares porque mi trabajo es ser tu abogado. Y como tal, mi deber es decirte que si venís para acá, vas a perder. Y vos me pagás para ganar. Así que pensalo bien. No seas gil.

-¡Exacto! Yo te pago para ganar, no para que me digas todo lo que tengo que hacer. Ya no soy un pendejo boludo, ¿sí? Tampoco un gil.

-Está bien. Hací lo que quieras, pero después no me digas que no te avisé - finalizó el abogado y automáticamente cortó la comunicación, hartado de los desplantes de Luisito.

Aquella noche, el joven esperó que su abogado lo llamara al hotel pero Sallerza no lo hizo. Evidentemente, por sus pagos estaban pasando muchas cosas.

Los jugadores celestes tuvieron que esperar hasta marzo y soportar las ausencias de Emiliano y Santiago por lesión para poder concluir el partido clave ante *El Lince*. Curiosamente, Nazareno estaba nuevamente en el país, esta vez para participar del casamiento de su hermano, por lo que pudo ser de la partida. Sin embargo, a los cinco minutos de reanudado el encuentro, el volante se lesionó la rodilla y debió salir. A pesar de las ausencias, el calor, la espera de 75 días y la inactividad del verano, el equipo terminó ganado 2 a 1 y finalmente llegó a la punta, lo que fue el segundo motivo de festejo de esa noche, cuando los jugadores celebraron todos juntos la despedida de soltero de Marcos.

La cima de las posiciones suele dar vértigo, por eso, había que esperar cómo reaccionaba *El Nápoli* en la fecha siguiente. Y el equipo superó una prueba de fuego más al vencer por 2 a 1 a *Deportivo Amistad*, con dos goles de Lisandro y a pesar de sumar una nueva ausencia: la de Marcos, quien ese día se casaba y por ello decidió resguardar su integridad física.

Por otro lado, ese encuentro marcó el regreso al plantel de Manuel, quien había dejado a su equipo de La Plata, y la vuelta de Guido a un partido oficial después de su operación de los ligamentos cruzados que lo había marginado de las canchas durante más de nueve meses.

En la misma fecha, *El Naranja* empató su partido ante *La Quebrada*, por lo que los napolitanos también extendieron a dos puntos la diferencia con su inmediato perseguidor. Pero la semana siguiente, los anaranjados ganaron y aprovechando que los celestes quedaban libres y los alcanzaron en la cima.

*El Nápoli* y *El Naranja* llegaron a la 12da. fecha igualados en la primera colocación y el *fixture* quiso que ambos equipos se enfrentasen en esa condición. Pero no sólo eso, dos días antes del clásico, los celestes cumplían diez años de su primer partido en la liga, por lo que el encuentro fue calificado por los napolitanos como “El duelo final” o “El partido de la década”.

Durante los días previos, la ansiedad, la motivación y los nervios formaron un cóctel explosivo entre los jugadores celestes que se pasaron gran parte del tiempo mandándose *SMS* y *mails* con frases de aliento y arengas de cara al tan esperado choque. Algunos no podían dormir, otros comer, también salieron a entrenar solos y hasta hicieron promesas al Dios del Fútbol para que éste les regalase un triunfo. Es que no todos eran buenos augurios ya que Santiago seguía lesionado, Nazareno estaba en Chicago, Marcos pasaba su Luna de Miel, Rodrigo disfrutaba de sus vacaciones en

Brasil y Emiliano quedó marginado, a último minuto, por una suspensión de dos fechas ya que lo habían expulsado desde el banco de suplentes cuando protestó un fallo en el partido ante *Amistad*, cuando el Gordo, encima, estaba lesionado.

El día del partido era tanta la expectativa que Claudio llevó al vestuario su computadora portátil para que Nazareno siguiera las acciones de la jornada a través de la Internet. Pero la batería del aparato se consumió apenas empezó el encuentro en el que *El Naranja* (que había sumado a Leonel, el exjugador de *La Quebrada*) dominó la pelota y el terreno pero sin lastimar a la sólida defensa napolitana encabezada por Iván, Juan y Leo.

En el medio, con Rodrigo, Andrés, Julián y Gabrielito, los celestes tuvieron que correr y meter como nunca, manteniendo el orden táctico y una actitud inquebrantable. Y arriba había que esperar las pocas oportunidades que se iban a presentar ya que el rival era, fiel a su historia, un promotor de la manta corta. Y así fue que en la primera chance clara, Manuel puso el 1 a 0 con el que terminó el primer tiempo.

La charla del entretiempo apuntó más a lo emotivo que a lo táctico y el equipo salió a jugar como si fuese su última experiencia sobre la faz de la Tierra. Aguantó todos los embates del contrincante, que tuvo algunas oportunidades para marcar. Hasta que en el final, con decenas de personas mirando el partido del otro lado del alambrado de la cancha 2 y mientras las insignias napolitanas flameaban bajo un cielo tan o más celeste que aquellas, Camilo marcó el 2 a 0 de tiro libre y definió el resultado.

Cuando el árbitro marcó el final hubo gritos, lágrimas, sonrisas y abrazos durante los festejos, de los que fueron parte a la distancia Nazareno, que siguió todo el partido por teléfono, y Marcos, también vía celular, desde Cuba. Ya no importaba que Claudio se había roto los ligamentos de su rodilla derecha apenas iniciado el segundo tiempo.

*El Nápoli* había ganado “El duelo final” o “El partido de la década” siendo el menos favorito para lograrlo. Y, como un regalo más que merecido, volvió a la cima de la tabla de posiciones con dos puntos de ventaja y con un invicto de 17 partidos y 10 victorias seguidas, la mejor racha de su historia.

“(…) fue casi un duelo esperado, algo parecido a una final, aunque todavía falta mucho. El multicampeón, *El Naranja*, de un lado y el sorprendente *Nápoli*, con mucha gente e impactante bandera, del otro. Ganó el celeste porque hizo mejor las cosas. Fue un partido muy disputado y discutido ya que ambos estaban en la punta de la tabla. Ahora *El Nápoli* es el único líder”, señaló el sitio web de la liga días después de aquel encuentro.

La derrota 1-2 ante *Los Iniciales* calaba hondo en el ánimo del plantel. No por haber perdido la histórica racha invicta, sino porque los dos puntos que lo separaban del *Naranja* habían desaparecido y, para colmo de males, su más reciente verdugo había quedado a una unidad de la cima. Claro que eso no evitó que muchos de los jugadores, a pesar de estar golpeados, fueran a almorzar al *Paisano*, como ya era costumbre. Además, había que estar fuertes porque en la fecha siguiente la recuperación tan deseada era, ni más ni menos, que ante *Gavilán*. Así que había una doble motivación: seguir en la punta y vencer al eterno y clásico rival.

Ante esa situación, Claudio, rápido de reflejos, envió el domingo un correo electrónico a todos los integrantes del plantel. “Contra *El Naranja* ganamos el partido de la década porque tuvimos más hambre que ellos. Así que esta semana junten hambre, mucha hambre”, indicó el entrenador a sus dirigidos.

Fue una semana muy dura, en la que el capitán les recordó a sus compañeros las numerosas veces que *Gavilán* los había amargado. El miedo a perder todo estaba



latente, a tal punto que Nazareno, quien había dicho a sus compañeros que si vencían a *Los Iniciales* se compraba el pasaje de avión para volver al país y disputar la última fecha que, en teoría, se disputaría el día de su cumpleaños, ahora condicionaba su decisión al resultado contra los *azzurri*.

Llegó el clásico ante *Gavilán* con Maxi y Juancho a la cabeza. Ambos deseosos de arruinarle el campeonato a los napolitanos. En la charla previa al partido, el director técnico de los celestes fue muy claro: “En el entretiempo contra *Inmaculados* (N. de R: empataban 1 a 1) les dije que si ganábamos, peleábamos el torneo. Bueno, ahora les digo que si ganamos hoy, vamos a ser campeones.”

Después de un primer tiempo malo, en el que *El Nápoli* sintió los efectos de la derrota ante *Los Iniciales*, en el complemento los celestes arribaron a un contundente 3 a 1, con dos goles de Rodrigo y el restante de Emiliano. Pero no todo fue alegría ya que Manuel tuvo que salir por una fractura en un dedo y Mauro por la rotura en los ligamentos de su rodilla.

La seguidilla de lesiones no se detuvo ahí: Andrés se retiró del club con una fuerte contractura en el abductor que lo obligó a ir a kinesiología y a estar en duda para el decisivo choque con *El Pozo*.

Por su parte, Manuel convenció a los médicos de posponer la cirugía en su dedo unos días para poder jugar, mientras que Mauro quedó totalmente descartado.

Finalmente, el equipo salió a jugar el primer tiempo ante *El Pozo* con Andrés en el banco ya que con el entrenador habían decidido no arriesgarse a un posible desgarro que lo marginase de las últimas dos fechas contra rivales más difíciles y en momentos culminantes.

Parecía que todo iba de acuerdo a lo planeado, Nazareno ya tenía el pasaje en sus manos y los celestes arrancaron jugando bien y se colocaron 1-0 arriba con tanto de

Manuel. La diferencia pudo haber sido mayor pero el primer tiempo terminó 1-2, por lo que Claudio apostó todas las fichas que le quedaban y funcionó ya que *El Nápoli* se impuso 4-2 con otro gol de Manuel, el tercero de Nahuel y el restante a través de una joyita de Julián. Y hubo festejos en forma de desahogo que siguieron para algunos de los jugadores, en especial los más jóvenes, hasta la madrugada del domingo, día en que Iván celebró su cumpleaños junto a muchos de sus compañeros a los que les confesó que esa misma noche había soñado que iban a dar la tan ansiada vuelta olímpica.

Quedaban dos fechas y *El Naranja* y *Los Iniciales* habían ganado también, por lo que todo seguía igual. Pero había que ir un partido a la vez ya que el rival siguiente era otro de los clásicos: *La Quebrada*.

Fue un partido a matar o morir. “Para salir campeones vamos a tener que ganar todos los clásicos. Le ganamos a *Amistad*, *al Naranja* y a *Gavilán*. Nos queda éste”, dijo el entrenador celeste en la charla técnica previa al partido.

Por entonces, ya predominaba la confianza, así que empezaron a desecharse varias de las cábalas. En las tribunas, Eduardo y Vicente perdieron su miedo a ser *mufas* y se sumaron a Gabriel, quien se había incorporado los seguidores a partir del encuentro ante los anaranjados pero faltado frente a *Los Iniciales*. No sólo eso, el entrenador contrató a su hermano Marcelo para que filmara todos los acontecimientos de la jornada que podía llegar a ser épica. Otras actitudes cabuleras, en cambio, persistieron, como la de Gabriel transmitiéndole el partido por teléfono celular a Nazareno.

En cuanto a lo futbolístico, Manuel jugó con el clavo que le habían colocado en el dedo tras la cirugía de cuatro días antes y Andrés volvió a arrancar de titular. Y esta vez el cuento tuvo otro desenlace: no hubo mazazo de los auriazules, que habían llegado a la recta final del torneo con muchas bajas, y, encima, con pocas ganas de favorecer a sus archienemigos del *Naranja*. Así, *El Nápoli* obtuvo una inolvidable victoria por 5 a

0. Los goles fueron de Emiliano, en dos ocasiones, Lisandro, Rodrigo y Nahuel quien, a pesar de arrancar habitualmente como suplente a raíz de una pubalgia, cada vez que iba a cabecear al área de en frente rondaba cerca de las redes.

Por su parte, *El Naranja* también ganó su partido, por lo que no hubo vuelta olímpica de ninguno de los dos primeros, en tanto que *Los Iniciales* cayeron sorpresivamente ante *Gavilán* y se despidieron definitivamente de la lucha.

Tras la victoria ante *La Quebrada*, a los napolitanos sólo les faltaba subir el último escalón ante *Abogados*. Si ganaban eran los nuevos campeones sin importar el resultado de los anaranjados, que enfrentaban a *El Pozo*, ya que tenían ventaja deportiva por haber ganado el duelo entre sí. Ahora sí que iba a ser “El duelo final”.

## XIX

El lunes Rafa aún estaba eufórico por el triunfo ante *La Quebrada* y, como el resto de sus compañeros, no veía la hora de que llegara el sábado para jugar el partido final, el decisivo, el que iba a sellar el destino de los diez años del equipo. Casi no podía pensar en otra cosa, ni en su novia, ni en su trabajo, en nada. Por eso cuando llegó a la parada de colectivos para el ir a dar clases al colegio recordó que se había olvidado unas carpetas, por lo que regresó al departamento. Y en ese momento advirtió que un patrullero de la primera de Quilmes estaba detenido en la puerta del edificio. Se le heló la sangre cuando vio a los dos policías que ocupaban el móvil. A uno de ellos lo reconoció enseguida a pesar de que lo había visto dos veces en toda su vida: en la fatídica tarde en Plaza Conesa y en el posterior juicio. Era Romero, quien hacía 12 años era un simple ayudante y ahora un principal que quería llegar cuanto antes a subcomisario. Y al advertir su presencia, el policía le hizo señas con la mano para que se acercara.

-Rafita querido, ¡¿cómo andas tanto tiempo?! -dijo el jefe de calle.

-Buen día, oficial.

-¡Cómo creciste, eh! Te presento al ayudante Gutiérrez. ¿A qué no sabés donde está asignado?

-¿A la custodia de la plaza?

-Exacto. Como lo hacía yo cuando nos conocimos, ¿te acordás?

-Claro, aunque fue hace mucho.

-Es cierto y en todo ese tiempo cambiaron muchas cosas.

-Seguro.

-Ahora hay gimnasios, bares, restoranes, mucha gente bien.

-Bueno, ¿en qué los puedo ayudar? Estoy un poco apurado, se me hace tarde para ir al trabajo.

-Tranquilo pibe y escuchame bien -expresó Romero parándose frente a Rafa, mascando chicle como un cerdo y colocando su mano derecha detrás de la nuca del joven y su mirada a escasos centímetros de la de aquel-. Nos tenés que hacer un favor, nada más.

-¿Qué favor?

-Mirá Rafita, en todos los años desde que saliste, nunca nadie te vino a molestar y eso fue porque nosotros seguimos manejando la zona. Así que en vez de hacerte el boludo tendrías que decir ´sí, señor´ y agachar la cabeza.

-Estos pendejos no aprenden nunca. Parece que hay que explicarles todo -intervino Gutiérrez al tiempo que le abrió la puerta del patrullero, sugiriéndole al joven que suba.

Rafa se sentó en el asiento trasero junto al principal mientras que el ayudante se colocó detrás del volante, pero de espaldas al parabrisas.

-Quiero saber en qué anda tu amiguito Luis Vera -ordenó Romero.

-Pero yo ya no tengo más nada que ver con él. No lo volví a ver nunca más y tampoco tengo la menor idea de dónde está.

-Nosotros sí. El forrito ese, después de todos estos años, se la creyó y se las tomó sin avisar y sin saldar algunas cuentas, como el pobre de Purita. Te acordás de ése infeliz, ¿no? Pero ahora Luisito volvió al barrio porque el viejo está enfermo.

-¿Y?

-¿Y qué? ¡¿Sos pelotudo pibe?! -exclamó Gutiérrez y luego aplicó un puñetazo directo a la cabeza a Rafa, quien temblaba como a sus 18 años.

Romero intervino para calmar los ánimos y le indicó a Rafa que el sábado al mediodía Luis se iba a encontrar, a escondidas, con un viejo conocido en el muelle de la ribera de Quilmes, aprovechando que a esa hora no hay casi nadie en el club de pesca. Los policías querían que Rafa fuese hasta ese lugar, simulando que pasaba por casualidad y se hiciese ver por el prófugo para que éste se le acercara, le diese charla y, quizás, le contase en que andaba porque no querían detenerlo así nomás, sino con las manos en la masa.

-¿Pero ustedes realmente piensan que me va a dar bola? -preguntó Rafa.

-No me importa lo que vos pienses –respondió el jefe de calle-. Además, no me vas a decir ahora que te preocupa ese tipo después de que te dejó pudriéndote, más solo que Kung Fu...

-¿Y si les digo que no?

-Rafa, no seas boludo. No te conviene tenernos de enemigos -sentenció Romero.

-Acordate nene: sábado al mediodía en el muelle -recordó Gutiérrez-. Ya podés bajar. Andá.

-Y no te olvides que nosotros siempre estamos vigilando -finalizó Romero mientras se acomodaba en el asiento del acompañante y el ayudante tomaba el control del volante del patrullero-. En unos días nos estamos viendo y más vale que me cuentes algo que me sirva.

Rafa se quedó paralizado en la puerta del edificio luego de que los policías abandonaron el lugar a toda velocidad. Entró al departamento pero no a buscar las carpetas que se había olvidado sino para llamar al colegio y avisar que no iba a poder ir a trabajar porque estaba resfriado. No sabía qué otra cosa hacer, tenía miedo de volver salir a la calle en ese momento sabiendo que Romero estaba dando vueltas nuevamente

por su vida. Tampoco sabía a quién recurrir aunque sí que tenía que hablar con alguien lo antes posible para pedir ayuda, un consejo, o simplemente para desahogarse. Entonces la llamó a Victoria y le pidió que fuera a verlo lo antes posible al departamento.

-No sé qué hacer Vicky. Porque si no voy, estos hijos de puta no pueden agarrarlo y después me van a venir a armar algo a mí. Y si voy, ¿quién me asegura que no me dejen pegado igual? -dijo Rafa a su novia tras haberle confesado por primera vez los hechos que derivaron en su estadía en Varela.

-La verdad es que me dejas helada. Nunca en la vida me hubiera imaginado algo semejante, por lo que te pasó de chico y lo de ahora.

-Sé que es mucho rollo todo lo que te acabo de contar, pero en estos momentos no tengo a nadie más en quien confiar.

-¿Los chicos del equipo saben de todo esto?

-Sí, la mayoría lo saben pero ahora no puedo caerles con este quilombo. Están a *full* con al final del campeonato. Más Claudio, quien siempre me bancó.

-Encima eso, Rafa.

-Qué mal momento, ¿no?

-¿Y vas a poder jugar?

-Ni idea.

-Quiero que me digas la verdad: ¿Estás en algo raro?

-Te juro que no. Desde que salí nunca más en la vida me mandé una cagada.

-Entonces quedate tranquilo. No tienen nada de qué agarrarse estos policías.

-Sí, puede ser. Estos polis son pesados pero también sé que sólo me quieren asustar.

-Claro, por ahí es sólo eso. No les des tanta bola. Mirá si vas y te hacen tremenda cama y te detienen de nuevo con tal de agarrar al otro.

-Encima, el otro forro me chupa un huevo ahora. Antes sí lo quería matar por todo lo que me hizo pasar solo. Pero eso ya pasó. No quiero saber nada de él, ¿entendés?

-Claro. Y está bien. Es mejor que no tener nada que ver con un tipo así. Vos no sos de ese palo.

-Nunca lo fui.

-Entonces relájate, mi vida. Vas a ver que todo va a salir bien.

-¿Y si estos polis me vuelven a apretar?

-Si vuelven, te diría que vayas a ver a un abogado, por las dudas. Yo conozco a uno, un tal Salerza, que hizo algunas cosas para papá.

-Espero que no sea necesario.

El viernes antes del partido ante *Abogados*, Rafa caminaba por las paredes. Por suerte, los policías no habían vuelto a pasar por el edificio o al menos él no los había visto. Después del lunes, el joven había intentado volver a su vida normal y casi lo logró. Se apoyó en Vicky, a quien vio todos los días, trató de pensar más en el fútbol, aunque esto tampoco le daba demasiada tranquilidad ya que la ansiedad mandaba. A la tarde, cuando llegó del colegio lo llamó a Andrés.

-¿Nervioso, capitán?

-No tanto, más que anda inquieto. Quiero que ya llegue mañana.

-¿En qué nadas?

-Estoy en casa, con Naza.

-Llegó ayer, ¿no?



-Sí. Pensé que ibas a venir a comer anoche con nosotros.

-Me mandó un mensaje Naza pero ya había arreglado con Vicky. ¿Cómo está de la rodilla?

-Vino a probar acá en el jardín pero no puede ni patear. Le duele. Igual, con las ganas que hay ya no importa más nada.

-Y no.

-Recién me llamó Manu, cuando salía del médico, y escuchá lo que me contó: apenas llegó al consultorio, la recepcionista le preguntó cómo había salido el sábado. Después, se sentó a esperar a que lo atendieran y lo vio la enfermera que estuvo en la operación y la mina le pregunto cómo había salido *El Nápoli*. Y cuando lo atendió el médico, lo primero que le preguntó fue el resultado del sábado. ' ¡Esto es una locura!', me dijo. ¡Jajá!

-Tal cual. No viste los *mails* de Clau, con lo del diario. Está todo el mundo pendiente del partido de mañana.

-Sí, eso hablábamos el miércoles que nos juntamos a cenar de Emi, Juancito y Marc. Hay que tener la cabeza bien fría y el corazón caliente. Pensar sólo en el partido y olvidarnos de lo que pasa afuera de la cancha.

-Ojala eso fuera más fácil, ¿no?

-Y no queda otra, loco.

-Che, ¿y el entrenador cómo está? Desenfrenado, ¿no?

-Uf, me llamó anoche, hablamos media hora. Imaginate.

-¡Jajá! Tremendo.

Rafa se levantó el sábado bien temprano ya que casi no había podido dormir. La noche anterior había hablado con Victoria y le había dicho que no sabía qué iba a hacer

y que le avisaría a la mañana por *SMS*. Sacó la pava del fuego y llevó el equipo de mate completo hasta la mesa, donde vio el recorte del jueves del suplemento del diario. “*El Nápoli* cada vez más cerca del título de la Categoría D. A una fecha del final del Clausura deberá evitar que *El Naranja*, que tiene un partido accesible, sume más puntos porque como ambos comparten el liderazgo el desempate se da por el partido jugado entre los dos equipos”, rezaba el artículo.

Tomó un verde y se quemó la lengua, así que apoyó el mate sobre la mesa y siguió mirando el papel de diario, pensativo. Estuvo así un rato mientras se enfriaba un poco el agua. Se sirvió otro y esta vez chupó despacito, y el calor era más tolerable. Luego tomó su celular y escribió: “Voy a ir temprano a lo del viejo Rómulo. Vos andá después y nos vemos ahí.”

Dejó el teléfono junto al mate y la pava por unos instantes y se fue a preparar el bolso con la ropa, las vendas y los botines. Y al regresar a la mesa leyó que Victoria le había respondido un simple “Okí”. Quiero terminar ya con todo esto, pensó cuando minutos después de las 11 salió del departamento hacia la parada de colectivos para dirigirse hasta la ribera.

Una vez que se halló a bordo del micro se puso los audífonos del reproductor de MP3 y justo pasaban la misma canción que había escuchado cuando volvía del partido con *El Naranja* y sintió que era una buena señal. Afuera, el sol brillaba con fuerza. “¡Qué día peronista!”, habría dicho su padre, seguramente. Es que parecía que hasta el clima estaba de lado de los napolitanos ya que no se suspendía un partido por lluvia desde febrero y aquello había permitido que el calendario no se alterara. Esto le convino especialmente a Nazareno, quien había apostado todo a su día, el Día del Trabajador.

Pasó por la puerta del club de pesca que funcionaba en el muelle y varias cuadras después llegó al predio de *la Liga*, donde vio que Claudio ya había llegado

junto a sus dos hijos, que llevaban las dos banderas enrolladas; Santiago, Nazareno y su hermano Marcelo, quien andaba de aquí para allá con la cámara en mano.

Poco después arribó Julián con su hijo, el sindicado líder de la hinchada, que esta vez tenía un bombo y un redoblante que le habían prestado a su padre unos amigos de la Municipalidad de Varela.

Uno a uno, los jugadores napolitanos fueron llegando con los nervios y ansias a cuestas, y algunos acompañados, como Andrés con su novia, Marcos con Marina, Juan con su hija y Mauro con el nene. Iván arribó en moto; Camilo, Rodrigo y Nahuel cada uno solo y en sus respectivos autos; Leo acompañado de Guido y Emiliano con Mateo; Gabrielito y Lisandro por su cuenta; y Manuel desde La Plata pero esta vez sin su pareja, quien había sido su amuleto en los últimos dos partidos.

De hecho, el goleador platense había tenido una revelación tremenda dos días antes cuando descubrió que el novio de su suegra había sido el entrenador de casi todos los jugadores *del Naranja* cuando éstos transitaban por las inferiores de Quilmes. “Con razón juegan tan bien esos pibes”, señaló el capitán cuando escuchó la noticia de boca de Manuel, quien bromeó: “Le dije al chabón que viniera a verlos y les hiciera cuernitos.”

Una vez que estuvieron todos los jugadores presentes, Claudio les pidió que se dirigieran al vestuario 3 de la cancha 2 porque quería hablar con tiempo. En realidad, les mostró a sus dirigidos un video que había preparado con su hermano con imágenes de la semana anterior, otras extraídas de hechos reales y algunas de la ficción, más la cortina musical con la canción “Más” de Valeria Lynch y el himno del equipo. Sobraron las palabras y la emoción, hubo lágrimas y mucho sudor, y aquel reducido ambiente ya no pudo contener tanta pasión.

El equipo celeste salió con todo, apoyado por más de 60 personas que fueron a alentarlos. Superó en todos los aspectos a un rival duro, que no pudo reaccionar ante la intensidad napolitana. Camilo fue el primer en tener una chance de gol pero se la sacó el arquero. Lo mismo pasó con Manuel, quien, además, metió un cabezazo apenas alto. Hasta que Rodrigo, desde el carril derecho, tomó una pelota picando a 25 metros del arco y le pegó con alma y vida. Como un rayo, la pelota viajó fugazmente hasta que pegó en el travesaño, en el palo y se metió como una bomba dentro del arco. ¡Golazo! ¡Los jugadores explotaron y la gente de afuera también! El tanto liberó la presión, pero los napolitanos no se relajaron y siguieron siendo superiores. Emiliano manejó la pelota a pesar de las patadas que recibió. Julián se corrió toda la cancha y, a pesar de sus 40 años, ganó siempre de arriba. Iván rompió el récord de paradas de pecho para un líbero, y Marcos y Andrés metieron como siempre. Juan y Leo, por su parte, controlaron con fiereza a los dos delanteros rivales que no le patearon a Mateo en todo el primer tiempo.

Fiel a su política de “todos juegan”, en el entretiempo, el director técnico metió tres cambios: Nahuel por Juan, Gabrielito por Leo (Marcos pasó del medio a la defensa) y Lisandro por Camilo Y en el comienzo del complemento el equipo no lo sintió y tuvo alguna chance más para ampliar la diferencia.

Pero el rival también hizo modificaciones que le dieron buenos resultados y empezó a tener más la pelota y generar situaciones de peligro. Entonces el, entrenador napolitano mandó a la cancha a Guido por Manuel y a Rafa por Emiliano para tener más recuperación en el medio. Y se guardó el último cambio para ponerlo a Nazareno en el final.

La perinola caía siempre del lado del “todos ponen” y así fue pasando el tiempo, con un 1-0 que sólo amagó a modificarse cuando Mateo le tapó un mano a mano al mejor delantero de *Abogados*.

Tiempo cumplido, pero el árbitro decidió adicionar cinco minutos más. Entonces, Claudio mandó a la cancha a Nazareno, quien en la única que tuvo, se llevó la pelota al córner y la cuidó como el tesoro máspreciado de su vida. Eran las 14.57 cuando el de negro se llevó el pito a la boca, sopló con fuerza y levantó ambos brazos: *¡El Nápoli Campeón!*

A partir de ese momento, todos los jugadores corrieron hacia el centro del campo y se abrazaron, formando una montaña humana, que abarcó a los suplentes, Claudio y parte de la hinchada habitual, como Gabriel, Vicente y Eduardo. Afuera vibraron todos: Arturo, Marta, los suegros y cuñados de Marcos; el padre, las hermanas y las sobrinas de Andrés; casi toda la familia entera de Gabrielito; la mujer, la hija y el papá de Iván; la madre y el hermano menor de Emiliano; exjugadores como Juanpi, El Polaco y Silvio; la hermana, el cuñado, el sobrino y la madre de Claudio; el tío y el socio de Rodrigo; excompañeros de Camilo; y muchos amigos más de todos los chicos que vieron como los jugadores dieron la vuelta olímpica casi sin fuerzas ni aire, pero desbordados de una alegría infinita.

“¡Dale campeón, dale campeón!”, tronó en la cancha mientras que el himno sonó dentro del vestuario donde Juancito rompió el plástico de la ventana de tanto golpearla.

Rafa salió del vestuario con los ojos llorosos y buscó con esa mirada irritada a Victoria. Y se sorprendió al verla charlando con su hermano Horacio, parados en la puerta del buffet.

-¡Felicitaciones Rafa!

-Hermano, gracias. No sabías que venías -dijo el joven mientras se acercaba al trote hasta donde estaban aquellos dos.

-Y si no me avisaste.

-¿Y cómo te enteraste?

-Vi el diario y lo llamé a Claudio. Él fue el que me dijo que viniera. Además, no nos veíamos hace años.

-Está bien. Me alegro que hayas podido venir.

-Papá y mamá también vinieron un rato pero ya se fueron. Así que te mandan felicitaciones y esperan que los vayas a visitar más seguido.

-Ya voy a ir. Pasa que estuve con muchas cosas juntas.

Horacio le dio un fuerte abrazo a su hermano y luego se retiró caminando despacio hasta el estacionamiento. Rafa se besó con Vicky y le dijo que se fuera a la casa porque él se iba a quedar a festejar con los chicos.

-Después te paso a buscar y a la noche vamos a lo de Nazareno -prometió él.

-Bueno, pero no hagas nada raro, no andes solo y cualquier cosa me avisás, ¿sí?

-Quedate tranquila. Por ahora salió todo bien –le aseguró Rafa, quien finalmente fue a reunirse con sus compañeros en una celebración interminable.

El almohadón del futón tenía un inmenso hueco con forma de cuerpo humano. Es que Rafa se había pasado la mayor parte de los últimos días tirado allí, mirando televisión, aunque no le prestaba mucha atención a la caja boba sino que la utilizaba como una excusa para no salir a la calle. Sentía que se había quedado sin motivos para festejar cuando se enteró que Luis había muerto tras haber aparecido con signos de ahogamiento bajo el muelle del club de pesca de la ribera de Quilmes.

Rafa se encontraba, una vez más, sentado en su refugio cuando tocaron a la puerta. No estaba de humor para ver a nadie, ni siquiera a Vicky, por lo que no se apuró en reincorporarse e ir a abrir. En ese lapso, el visitante había abandonado el lugar pero, por la sombra que alcanzó a ver por debajo de la puerta, el joven supo que aquella persona le había dejado un sobre o algo parecido. Abrió y, efectivamente, era un sobre

de papel madera color marrón, con su nombre escrito en fibra negra. Lo recogió y miró por la ventana hacia la calle para ver quién podría haberlo dejado, esperando que no hubiera sido ningún policía. Luego se fue a sentar nuevamente al futón. Rompió el borde del sobre de un tirón y sacó del mismo una serie de hojas mecanografiadas, como si fuesen folios de un expediente judicial.

El escrito era un informe del perito forense Alex Freyre, del Poder Judicial de Quilmes, que respondía a un pedido del abogado Marcelo Salerza en la causa “Vera, Luis: averiguación causales de muerte”.

El comentario del barrio era, por entonces, que su examigo se había suicidado. Claro que Rafa no creía esa versión ya que recordaba muy bien con las ganas que lo buscaban los policías. Y también estaba en su memoria, aunque un poco más difuso, el recuerdo de Purita.

En resumen, el perito Freyre explicaba que Luisito había muerto por un trastorno derivado de su adicción a la cocaína denominado “delirium agitado fatal”, es decir que el fallecimiento se desencadenó por la propia fisiopatología de la víctima, sin ningún accidente que por él se haya producido.

Estas palabras resultaban incomprensibles para Rafa a pesar de que el lenguaje tan técnico le recordó cuando se pasaba horas y horas leyendo su causa, buscando la manera de salirse de su celda y que Luisito entrase en su lugar.

La versión de la Policía de que se había arrojado al río desde el muelle y en medio de una crecida no convenció a los investigadores judiciales que luego fueron recopilando testimonios que indicaron que Luis gritó, instantes antes de impactar con la corriente revuelta: “¡Me quieren matar!, ¡me quieren matar!”.

A eso se le sumó que a través de una autopsia psicológica, el perito había determinado que tampoco se había tratado de un suicidio programado ya que los

testigos y las historias clínicas señalaron que el joven no había tenido antecedentes de intentos de quitarse la vida. Todo lo contrario, sus comunicaciones siempre contuvieron proyectos de continuar viviendo, indicó el informe.

Pero a Rafa le interesaba saber de qué se trataba este delirio o trastorno y encontró unos párrafos que señalaban que aparecía en adictos de larga data, pocas horas después de la última toma y que se caracterizaba por “un cuadro psicótico agudo con euforia, confusión, agitación, pensamiento delirante con ideas paranoides y alucinaciones; una actividad física fuera de lo normal con exteriorización de fuerza inusual, y desarrollando una conducta agresiva y bizarra que pone en peligro su vida y la de terceros”.

Respecto de cómo ese delirio afectó el organismo de la víctima, el doctor explicó que en este caso hubo una presentación de hipertermia de más de 40 grados de temperatura corporal que llevó a la destrucción del tejido muscular, una acidosis metabólica, una falla renal y un paro cardiorrespiratorio.

En ese punto, el perito citó a los médicos legistas que constataron que Luisito, quien estuvo un tiempo internado antes de fallecer, no había muerto por las secuelas de haber caído al río. Y explicó que ante un cuadro de delirium fatal era imperiosa la necesidad de provocar un descenso de la “hipertermia maligna”, para lo cual, el paciente salía a la vía pública en medio de una total confusión o realizaba una inmersión en agua fría.

“La víctima adoptó dicha conducta automática producto de la desesperación por bajar la temperatura corporal o por la presencia de los fenómenos alucinatorios pudo pelear o huir de sus propias alucinaciones adoptando conductas de riesgo de las que no fue consciente”, razonó Freyre.



Si bien no estaba explícitamente citado en el informe, apareció como muy probable que Luisito no se arrojó al río para quitarse la vida pero tampoco lo empujaron, lo que descartaba la hipótesis de la participación de una segunda persona.

El informe había quedado sobre uno de los almohadones. Ahora Rafa estaba en la cocina de su departamento, sirviendo un poco de cerveza helada en un *chopp* congelado que había guardado en el *freezer*. Necesitaba relajarse y pensar en lo que estaba pasando y por qué. El nombre de ese abogado me suena de algún lado pero estoy seguro que no lo conozco, reflexionó. Estaba por beber un sorbo cuando sonó el teléfono. Dejó el *chopp* a punto de rebalsar y fue a atender.

-Hola ¿Rafael? -dijo una voz femenina que sonaba adulta.

El joven tuvo una primera vaga idea de quien hablaba, pero dudó.

-Sí, soy yo ¿Quién habla?

-Stella Maris, la madre de Luis -respondió la mujer, con suma seriedad, y así se confirmaron las sospechas de Rafa.

-Me enteré lo de Luisito. Lo lamento mucho.

-Gracias ¿Recibiste el sobre?

-Sí ¿Lo trajo usted?

-No. Lo mandé a nuestro abogado. No sabía cómo ibas a reaccionar en persona.

Por eso te llamo.

-¿Me llama para saber si me llegó bien el sobre?

-Era importante que supieras lo que contenía.

-Para mí es más importante saber por qué quiere que yo sepa todo esto.

-¿No te interesa?

-La verdad, no.

-¿Todavía lo culpás por lo que te pasó?

-¿Y usted que cree?

-Creo que sí. Porque apenas murió mi hijo te eché la culpa a vos por no haberlo ayudado.

-¿Y ahora?

-Ahora no. Por eso te mandé el sobre.

Y así, Rafa y Stella Maris siguieron con la conversación, buscando acercar posiciones hacia la misma idea, la cual ya conocían internamente aunque no la reconocieran en voz alta: todos eran responsables de lo sucedido porque en algún momento dado cada uno tomó determinadas decisiones que tuvieron sus respectivas consecuencias.

Cuando Rafa finalmente colgó el teléfono volvió a sentir que caminaba en el aire, como en los primeros días posteriores al partido frente a *Abogados*. Se desplazó ligeramente por el interior de su departamento y se tiró sobre el futón, como si este se tratara de una piletta. Miró hacia el cielo raso y luego se colocó de costado para quedar de cara a la mesa ratona donde descansaba el trofeo, una copa alta, dorada, con amplias agarraderas y que andaba de gira por la casa de cada uno de los jugadores del *Nápoli*. De la misma también colgaba su reluciente medalla. “¿Quién lo hubiera imaginado?”, se dijo y entonces supo que ni el plan más perfecto hubiera resultado como lo hizo para quiénes integraban aquel inolvidable equipo, el cual se había transformado en una verdadera familia deportiva con un potencial enorme de cara al futuro.

*Buenos Aires, julio de 2010.*